

Turingia y Hesse, cuya regencia quedaba de derecho, durante la minoría del joven Landgrave, al mayor de sus tios el landgrave Enrique. Arreglado todo, se separaron los caballeros cruzados para volverse á sus castillos; Isabel con sus hijos y la Duquesa madre partió para Wartbourg, de donde tan indignamente habia sido arrojada ¹.

No fueron solos el Obispo de Bamberg y los cruzados turingios á tomar la mano en la causa de la joven y santa viuda. Contribuyó tambien con todos sus esfuerzos á restablecerla en sus derechos uno de los príncipes mas famosos y valientes de la Alemania meridional, Conrado de Buswang, abad del célebre monasterio de San Galo. Segun los anales de esta abadía soberana, el Príncipe abad salió á la defensa de Isabel en virtud de un pacto celebrado entre ambos, de que él la ayudaria en las cosas de la tierra, á condicion de que ella habia de ser su abogada para con Dios.

¹ Era á principios de 1229 ó á fines de 1228.

CAPÍTULO XXIII.

Que la amada santa Isabel renunció á la vida del siglo; y de como habiéndose retirado á Marbourg, tomó allí el hábito del glorioso san Francisco.

Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae: ut videam voluptatem Domini... Quoniam abscondit me in tabernaculo suo.

(*Psalm. xxvi, 4, 5*).

Pro Francisci chordula,
Mantello, tunicula,
Purpuram deposuit.

(Prosa antigua de santa Isabel, *Misal franciscano*).

Leal fue Enrique en cumplir su palabra: mientras tuvo á Isabel á su lado, trató de hacerle olvidar, á fuerza de cariñosos miramientos y obsequios, las injurias y disgustos que en otro tiempo le habia ocasionado. Despues de cuidar de que todos le guardaran los respetos debidos á su clase con los honores correspondientes, la dejó en plena libertad de entregarse, como lo hizo en efecto con el antiguo y acostum-

brado ardor, á todas sus devociones y obras piadosas. Por esta época se fundó, á lo que parece, el hospicio de Santa María Magdalena, proyectado ya en vida del difunto Duque, y que no pudo ella realizar hasta el regreso á sus Estados ¹. El tiempo que la oracion y contemplacion le dejaban libre, lo dedicaba como en otro tiempo á ejercitarse en el amor de los pobres; y como por razon de su viudez estaba dispensada de presentarse en las fiestas y ceremonias públicas, tampoco se dejaba ver en las reuniones y regocijos de la corte, que tantas veces son, como decia ella, y se celebran á costa del afan y ásperas penalidades de los infelices. Al fausto de la opulencia del siglo preferia la humillacion del pobre pueblo de Dios, tratando de asemejarse á él en todo lo posible por la práctica de la pobreza voluntaria. Chocaba demasiado con la vida de la corte, y era para las almas mundanas leccion harto severa tal manera de vivir, para que no se encendiese de nuevo contra Isabel el encono y animosidad cortesana, y la antipatía de aquellos indignos caballeros que ya habian acibarado su in-

¹ Este hospicio estaba situado en la plaza del Briel en Gotha.

fancia, y atormentádola en los primeros tiempos de su viudez. Para vengarse del desden con que ella miraba las riquezas y placeres, verdaderos dioses de todas aquellas gentes, afectaban y hacian alarde de mirarla con desprecio; absteníanse de visitarla ó dirigirla la palabra; ó bien aprovechaban la ocasion de tropezar con ella para insultarla, llamándola en voz alta *tonta* y *loca*. Tan sabrosos eran para su humildad todos estos ultrajes, y de tal modo llevaba pintada en el semblante la calma y resignacion de su espíritu, que sus enemigos variaron de rumbo, echándole en cara lo pronto que olvidara la muerte del Duque, y el hacer ostencion de una alegría impropia é inconveniente. ¡Pobres gentes! dice un autor de aquel tiempo; ignoraban que Isabel poseia aquel gozo que no conocen los impíos! Parece que hasta la misma duquesa Sofia se dejó arrastrar por la corriente de tales calumnias, y llegó á manifestarse sorprendida é indignada; mas Isabel no se alteró por ello, pues el Señor, que era el todo para ella, leia en el fondo de su corazon.

Pero su humildad era apreciada por las almas piadosas y prudentes que la conocian y admiraban; y al mismo tiempo recibió

por otro lado en esta época el estímulo mas dulce para una alma cristiana, y la proteccion mas poderosa para una mujer desconocida. De lo alto de la Santa Sede, refugio seguro entonces de los débiles y perseguidos, bajó á consolarla una palabra de padre y de amigo. Aquel mismo cardenal Ugolino, que ya vimos servir de medianero entre nuestra Princesa y Francisco de Asis, papa ahora con el nombre de Gregorio IX, enterado de las desgracias é incontrastable constancia de Isabel en los caminos del Señor, le escribió muchas cartas henchidas de apostólicos consuelos, exhortándola, con el ejemplo de los Santos y las promesas de la vida eterna, á perseverar en la continenencia y la paciencia; animándola á poner en él toda su confianza, pues no la abandonaría el Padre de los fieles mientras viviera, antes la habia de mirar siempre como á hija suya, y tomaba desde luego bajo su especial proteccion y amparo su persona y sus bienes ¹. Al propio tiempo le remitia

¹ Verum in tribulationibus suis post Deum consolatorem habuit Dominum papam, Gregorium nonum, qui paterne ac benigne scriptis atque epistolis suis eam confortabat. (*Dict. IV Ancill.*). Se non deserturum eam, quoad viveret, sed ut filiam, cum

el privilegio para iglesia y cementerio en su hospital de la Magdalena en Gotha ¹; y concluia este padre amoroso y vigilante encargando al maestro Conrado, que continuaba siendo vicario apostólico en Alemania, y acababa de entrar nuevamente en Turingia, tomara de su cuenta, mas especialmente aun que hasta entonces, la direccion espiritual de la duquesa Isabel, y juntamente el defenderla contra todos los que intentaran perseguirla.

Sea porque su valor cobrara nuevos bríos con estas exhortaciones del Padre comun de los fieles, ó bien simplemente guiada por la maravillosa influencia de la gracia en su corazon, ello fue que se sintió acometida de un invencible pensamiento y deseo ardiente de abrazar una vida mas perfecta y mas allegada á Dios. Para su ardimiento no era aun bastante el desprendimiento en que ya vivia de las pompas y goces propios de su clase elevada; todavía por muchos puntos se hallaba en contacto con el mundo, y el

omnibus quae possideret, suae defensionis vindicatum habiturum. (*Wadding, Ann. Minor. Theod.*).

¹ La bula se halla en Sagittarius. (*Hist. Gothan.*, pág. 234).

mundo la ofendía y le hacia mal. Tras luegas meditaciones sobre los diferentes géneros de vida que pudieran convenirle para hacerse agradable á Dios; despues de vacilar entre las diferentes reglas monásticas, conocidas en aquel tiempo, y la vida de reclusa, triunfó en su corazon el recuerdo y el ejemplo del glorioso Serafin de Asis, de quien ya era hija como penitente de la Tercera Orden: sintiéndose animada del mismo valor, y del mismo amor á Dios y á la pobreza, que su maestro, se determinó á abrazar su Regla en toda la rigidez primitiva, y á mendigar como él y sus discipulos de puerta en puerta el pan de cada dia, despues de haberse despojado de todos los bienes de fortuna. Comunicó este pensamiento con el maestro Conrado, y le pidió humildemente que lo aprobase; pero el prudente director lo rechazó con indignacion, y acompañó la repulsa con una severa reprimenda, persuadido de que el sexo y la debilidad de su penitente eran incompatibles con semejante género de vida. Siguió en su porfia Isabel; pero viéndole inaccesible á sus ruegos y tambien á las muchas lágrimas que vertía, se separó de él, diciendo: «Pues bien: aguardad y

«veréis; yo haré de modo que no podais «estorbármelo.»

Viendo que por entonces no lograba blandar á Conrado, acudió á otros medios para satisfacer el ardiente celo que la devoraba. El regente Enrique, sea como fue- re lo que en sus adentros sentia acerca de las costumbres é ideas de su cuñada, guardaba con ella en su porte exterior el respeto y afectuosa consideracion que le habia prometido ante las cenizas de su hermano; teniendo mucha cuenta de tributarle en todas ocasiones unos honores, que siempre esquivaba Isabel por humildad con alguna ingeniosa traza. Contando con tan buenas disposiciones, y cuando ya hacia un año que vivia en el seno de su familia, suplicó Isabel al duque Enrique fuera servido señalarle una residencia, en que sin trabas de ninguna clase pudiera entregarse totalmente á Dios y á sí misma, y ocuparse metódicamente en obras piadosas y caritativas. Tomado el parecer de su madre y hermano, Enrique le hizo cesion al efecto y con plena propiedad de la ciudad de Marbourg en Hesse, entendiéndose la donacion con todas las dependencias y rentas anejas, á título de viudedad. Ella, penetrada de

gratitud, dió tiernamente las gracias á su hermano y su suegra, protestando que hacian ambos en su obsequio mucho mas de lo que ella merecia, y muchísimo mas sin comparacion de lo que habia menester para sus necesidades; pero el Landgrave le prometió por añadidura quinientos marcos de plata, que le serian entregados para los gastos de instalacion. Parece que estos arreglos no fueron del gusto del maestre Conrado, puesto que escribió al Papa, que la Duquesa le habia seguido á su patria contra la voluntad de él sobre el particular ¹; pero oposicion absoluta no la hubo; y así fue que ella se aprovechó de la próxima partida de Conrado para dejar la Turingia, é ir á fijarse con su padre espiritual en aquella ciudad, que en adelante ostentaria una fama tan dulce como pura, debida al nombre de Isabel.

Luego que llegó á Marbourg, y, con el parecer y aprobacion de Conrado, nombró oficiales y jueces que habian de gobernar la ciudad en nombre de ella, la poblacion

¹ Me licet invitum secuta est Marbuch. (*Ep. Conr. ad Pap.*). — Sin embargo, segun las declaraciones de las cuatro doncellas, Isabel fué á Marbourg por orden de Conrado.

hizo tales demostraciones de honores y de alegrías para obsequiar á su jóven Soberana, que ésta, alarmada y mortificada sumamente en su humildad, se retiró al punto á un pueblecillo llamado Wehrda, situado á una legua de la ciudad, orillas del Lahn, rio que pasa por Marbourg ¹. Para vivienda eligió á la ventura una cabaña abandonada y ruinoso, á fin de no servir de carga á ninguno de los pobres habitantes del pueblo, pues ya se habia despertado en ella toda su tierna solicitud hácia los nuevos vasallos. Tan escaso era el abrigo que aquel miserable albergue la proporcionaba, que tuvo que acurrucarse bajo la bóveda de una escalera ó chimenea, habiendo primero tapado con ramas de árboles las grietas y hendiduras por donde entraba el viento á molestarla. Allí preparaba tambien, como mejor podia, y dando gracias á

¹ Este pueblo existe todavía, y tambien el recuerdo de Isabel en la memoria de su vecindario protestante. Todavía hoy enseñan á los viajeros una casa construida en el sitio que ocupó la cabaña habitada por ella, y que en 1834 estaba ocupada por un paisano llamado Schutz, y tenia al rededor un jardin de rosas. Este pueblecito presenta uno de los puntos de vista mas lindos de la deliciosa campiña de Marbourg.

Dios, sus pocas comidas; y aunque tan mal resguardada contra la intemperie, y mortificada sobre todo por el humo del fogon que le hacia gran daño á los ojos, sufría alegre todas estas penalidades pensando siempre en Dios ¹. Entre tanto se estaba construyendo en Marbourg, por orden suya, una casita de madera y arcilla á estilo de la cabaña de un pobre, á fin de que entendiera la gente que ella no habia venido á establecerse en la capital como rica princesa, sino á servir al Señor en toda humildad como simple y paciente viuda. Acabado que fue este palacio de la abyeccion cristiana, recibió bajo su techo á la Soberana acompañada de sus hijos y de sus fieles doncellas.

En medio de todo, Isabel ansiaba siempre un rompimiento mas decisivo y completo con el mundo; queria unirse con Dios por medio de un vínculo mas íntimo y manifiesto á la vez. Como su director espiri-

¹ Sub gradu cujusdam caminatae... Umbraculum ad solis obiectum de frondosis lignis casae appodiatas faciens... Cibos quales habere poterat, ibidem parabat cum sua familiola... In omnibus gratias agens... solis ardorem ventorumque turbinosum insultum fumique molestiam, oculis eius gravissimam, etc. (*Dict. IV Ancill.*).

tual insistía en no otorgarle el permiso de abrazar en toda su amplitud la Regla franciscana, y mendigar el pan como las Clarissas, hizo ella cuanto pudo para aproximarse, segun sus medios, á aquel género de vida, por creerlo el tipo de la perfeccion evangélica. Vimos en otra parte, como ya en vida de su marido se habia incorporado Isabel en la Tercera Orden de san Francisco. Resolvió desde entonces dar á esta afiliacion un carácter irrevocable y solemne; y aunque todavía esta rama de la familia Franciscana no era considerada como una Orden regular y propiamente monástica, quiso ella hacer profesion pública como las religiosas en clausura, y renovar solemnemente los votos de castidad, obediencia y pobreza absoluta, ya tantas veces hechos en lo íntimo de su corazon ¹. De esta ma-

¹ Helyot. *Hist. de las Órdenes religiosas*. De modo que Isabel fue la primera religiosa de la Tercera Orden de san Francisco que pronunciara votos solemnes. Por lo demás esta Orden no llegó á tomar carácter monástico hasta que mas adelante adoptó generalmente los tres votos y la clausura. Hay poca unanimidad acerca de la fecha de esta transformacion: el citado Helyot la discute, cap. 30 del t. VII. Pero las religiosas de la Orden Tercera siempre tuvieron por patrona especial á santa Isa-

nera podia, segun sus fuerzas, asociarse á esa total abnegacion de los bienes de la tierra, que por tantos siglos ha atraido á la Orden Seráfica la decidida proteccion del cielo, y la tierna admiracion del orbe cristiano. Conrado aprobó este proyecto, con la limitacion de que el voto de pobreza no debia privarla, segun ella queria, de la libre disposicion de los bienes procedentes de su dote, ó de las tierras que Enrique le habia cedido; sino que antes bien debia por sí misma consagrar poco á poco y gradualmente todos estos bienes al alivio de los pobres y al pago de ciertas deudas que su difunto marido habia dejado.

Mas la renuncia de espíritu debia no solo comprender todas estas cosas, sino extenderse tambien á todos los demás bienes y bel, y muchas de sus congregaciones le tomaron el nombre, especialmente en Francia antes de la revolucion; y tambien hoy en Alemania y Bohemia las que se dedican al cuidado de los enfermos. Las monjas hospitalarias, llamadas en Francia *hermanas grises*, eran todas de la Tercera Orden de san Francisco. Todavía existe hoy en Lyon un monasterio de Hijas de santa Isabel, que ha logrado escapar de todas las borrascas de los tiempos, y en el cual hay una multitud de fervorosas religiosas dedicadas á la vida oculta é ignorada, de que tan gran modelo les dejó su patrona y abogada.

afecciones del mundo, sin exceptuar las mas legítimas. No ignoraba Isabel, que para alcanzar este triunfo, no solamente sobre el mundo, sino tambien sobre sí misma, no le bastaba su propio querer, ni el ejemplo de su protector san Francisco ú otras almas santas que habian andado antes que ella por este camino; bien sabia que ante todo habia menester la gracia de lo alto, y por eso la pidió á Dios con inusitado fervor por espacio de muchos dias antes de tomar el hábito. Tres cosas pedia sin cesar al Señor, segun decia á su amiga Isentrudis: primeramente el desprecio completo de todas las cosas temporales; despues, el valor de sobreponerse con indiferencia á las injurias y calumnias de los hombres; y por último, y sobre todo, la disminucion del excesivo amor que tenia á sus hijos. Despues de mucho tiempo de orar con esta intencion, viéronla un dia sus compañeras llegarse á ellas resplandeciente de alegría sobrehumana, y que decia llena de alborozo: «Oyó mi oracion el Señor: ya no son á mis ojos sino barro todas esas riquezas y bienes mundanos, que en otro tiempo amaba yo. En cuanto á las calumnias de los hombres, las mentiras de los malva-

«dos, y el desprecio con que me miran, ya
«no siento nada, antes bien me felicito y
«hasta me enorgullezco de ello. En cuanto
«á mis hijos tan queridos, esos pedazos de
«mi corazón, que tanto amaba yo y con tal
«ternura estrechaba contra mi pecho, es-
«tos hijos tan queridos, digo, ya no exis-
«ten para mí; Dios me es testigo de que
«los miro cual si no fuesen míos. Á él se
«los he ofrecido y confiado; haga de ellos
«el Señor lo que fuere servido. Nada amo
«ya, nada; ninguna criatura tiene ya cabi-
«da en mi corazón: no amo mas que á mi
«Criador ¹.»

Inflamada con tan heróico amor, Isabel se creyó bien dispuesta para pronunciar los votos, y vestir el hábito consagrado por san Francisco y santa Clara sus modelos. «Si hubiera yo á mano, decia, un hábito mas «raido y pobre aun que el de Clara, lo había de tomar para consolarme de no entrar «en su Orden de una manera completa;

¹ Ipsos etiam uteri mei dilectissimos parvulos, quos tenerrimo amplexu affectabam, iam velut alienos intueor, Deo teste; ipsi eos obtuli et commisi, ipse de eis ordinet, et impleat suae beneplacitum voluntatis... Nullam creaturam sed solum omnium diligo Creatorem. (*Theod.*).

«mas yo no sé que lo haya.» Para esta ceremonia designó la capilla de que habia hecho donacion á los frailes Menores, y el dia de Viernes Santo ¹, dia en que Jesús, despojado de todo por amor nuestro, fue clavado desnudo en una cruz; cuyo despojo y entera desnudez recuerdan en este dia los altares desnudos para simbolizar aquel sacrificio supremo; y que por lo mismo le escogió Isabel á su vez para despojarse de todo y romper los últimos lazos que la sujetaban á la tierra, á fin de lanzarse mas ligera en pos del esposo de su alma por el camino de la pobreza y de la caridad. Así pues, en este santo dia, en presencia de sus hijos, de sus amigas y de muchos religiosos de san Francisco, Isabel, poniendo sus manos sobre la desnuda lápida del altar, hizo con juramento solemne renuncia de su propia voluntad, de sus padres, hijos, aliados, y de todas las pompas y alegrías del mundo. Mientras Conrado celebraba la misa, el hermano Burekhard, guardian de los Menores en la provincia de Hesse, que la miraba como hija y hermana espiritual, le cortó el cabello, le vistió el humilde sayal

¹ Probablemente el año 1230, ó segun otros el 1229.

gris, y le ciñó el cordel, distintivo de la Orden franciscana; y este traje conservó la Santa con la añadidura de llevar los piés descalzos hasta su muerte ¹. Y desde este momento, como para dejar del todo borradas las huellas de su pasada grandeza, Isabel hizo grabar en su sello la figura de un Franciscano descalzo en vez de las armas que habia usado hasta entonces, propias de su familia y la de su esposo. Su dama de honor Guta, fiel é inseparable compañera de Isabel desde la infancia, quiso abrazar el mismo género de vida que su amada señora, y vistió tambien al mismo tiempo que ella el hábito de la Tercera Orden, renovando solemnemente el voto de castidad formado algunos años antes en vida del duque Luis. Esta dulce comunidad de vida y de intencion procuraba siquiera un con-

¹ *Cod. Heidelberg*. Añade este historiador contemporáneo, que el rey de Hungría Estéban, sobrino de santa Isabel, como se hallara visitando un convento de Strigonia y viera en la iglesia un cuadro que representaba á la Santa con zapatos y sin cordel en la cintura, mandó al punto que la pintura fuese enmendada, borrando el calzado y añadiendo la cuerda. Mas adelante veremos la grande influencia que el ejemplo de Isabel tuvo para con muchos príncipes y princesas de su familia.

suelo á Isabel, la cual, á haber caido en la cuenta, quizás tambien se lo hubiera rehusado; pero que de todas maneras iba pronto á verse privada de él. Llegó el caso de hacer el sacrificio de apartar de la vista á sus hijos, cuyo natural y apasionado amor le causaba tanta pena. El primogénito Hermann, heredero de los Estados de su padre, que ya tenia unos seis ó siete años de edad, fué llevado al castillo de Creuzburgo para vivir allí con buena guarda mientras llegaba el caso de tomar las riendas del gobierno, que entre tanto empuñaba su tío. Quizás fue señalada tambien la misma residencia á la hija mayor, Sofía, ya desposada con el jóven Duque de Brabante: la segunda volvió á la abadía de Kitzingen, donde debia tomar el velo y pasar el resto de sus dias; y Gertrudis, la mas jóven de las tres, y que apenas contaba dos años de edad, nacida despues de la muerte del Duque, fué enviada al convento de religiosas Premonstratenses de Altenberg inmediato á Wetzlar. General extrañeza causó que llevaran á esta princesita á un convento tan pobre como éste, y que acababa de fundarse; y no dejaron de advertirlo y aun reprehenderlo á la madre: mas ella contestó,

que así lo tenía convenido ella y su marido al tiempo de despedirse para la cruzada, y cuando aun no había nacido la niña: «El cielo es, decía, quien nos inspiró la elección de ese monasterio; pues quiere que «mi hija contribuya al progreso espiritual «y temporal de esa santa casa ¹.»

Ya está cumplido el sacrificio, y consumado el divorcio con la vida por uno de esos esfuerzos que van aun mas allá de las prescripciones del deber cristiano. Nada le

¹ Crónica manuscrita de Altenberg, propia del príncipe de Solms en Braunfels, citada por Justi. La profecía de la Santa se cumplió á la letra; pues Gertrudis, despues de haber sido en la juventud espejo de todas las virtudes monásticas, fue elegida abadesa á la edad de veinte y un años, y gobernó la comunidad por espacio de cincuenta con una prudencia y tino tal, que levantó el monasterio á su mas alto grado de esplendor y prosperidad. Murió en 1297.—La abadía de Altenberg, situada sobre una altura que domina la orilla septentrional del Lahn á una legua de la antigua ciudad imperial de Wetzlar, secularizada en la época de la gran confiscacion de 1803, sirve hoy de residencia al príncipe de Solms-Braunfels. Sus vastas crujiás con una grande iglesia se conservan intactas; deben ser obra de fines del siglo XVII, y las rodea un hermoso parque de soberbio arbolado. El sepulcro de la abadesa Gertrudis existe todavía en la iglesia y en muy buen estado.

queda ya que renunciar; todo murió para ella en el mundo; y á los veinte y dos años de su vida puede decir como el Apóstol. *Vivo; mas ya no soy yo quien vive; Jesucristo es quien vive en mí.*

En este punto es donde el mundo y el príncipe de este mundo, que siempre la habían tomado por blanco de su odio, la esperaban tambien para redoblar los ataques y ultrajes contra ella. Grandes y sábios de aquel tiempo, todos á una voz insultaron á la esposa de Cristo, y se hicieron lenguas para proclamar su locura; y no se equivocaban en verdad, porque Isabel había comprendido y abrazado en toda su extension la locura de la cruz.

Este lenguaje de la corte de Turingia habrá sido tambien el de muchos lectores de la vida de la Santa para consigo mismos y muchas veces; los cuales, sin negar el gusto que recibieran leyendo algunos pormenores tan poéticos y deliciosos de los primeros años de nuestra Heroína, al llegar á esta crisis decisiva de su vida no habrán podido menos de sentirse ofendidos y disgustados. ¡Cómo! habrán dicho; tan jóven todavía; ligada con tantos deberes; dueña de una felicidad legitima y lícita, ir á es-

coger tan singular y extraordinaria existencia! ¡imponerse tan supérfluas penalidades! ¡desentenderse del cuidado de sus hijos y de todas las obligaciones de la vida! y otros tales razonamientos tan fútiles como éstos, y de que tan larga provision suele tener la sabiduría mundana, capaz únicamente de calumniar todo aquello que se sobrepone á su debilidad y egoismo.

¡Cristianos! no serán estos nuestros pensamientos cuando veamos el triunfo de nuestra Heroína. No porque conozcamos la debilidad de nuestras fuerzas para imitarla y seguirla, hemos de incurrir en la ceguera de no admirarla: inclinémonos con tierno respeto ante esos secretos del amor divino, ante esa obediencia absoluta á las solemnes palabras del Salvador: *El que viene á Mi, y no aborrece á su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos y hermanas, y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo.* (Luc. xiv, 26).

A imitacion de Cristo, Isabel venció al mundo; que el mundo, pues, la insulte y desprecie, nada tiene de extraño. En esta guerra, que al alma rescatada con la sangre de un Dios declara el mundo ya desde la cuna, Isabel ha combatido noblemente, re-

cogiendo sin temor con su tierna mano el guante que el mundo le arroja; empeñando la lucha, no léjos de él y al abrigo de sus golpes, sino en medio de sus ataques, de sus asechanzas é innumerables lazos. Niña todavía, tan jóven que aun era la edad excusa de muchas faltas, ya ha sabido confundir la falsa vergüenza, las preocupaciones y todas las farsas del mundo; ha protestado contra sus pretendidos derechos sobre ella, ha desobedecido sus leyes, desafiado sus calumnias, pisoteado sus desprecios. Siempre y en todas partes le ha vencido: en el brillo de las riquezas y pompas cortesanas, como en la amargura del hambre y la miseria; en las afecciones mas dulces y legítimas del corazón, como en sus pruebas mas duras y terribles; en el abandono, la soledad, la muerte. Lazos conyugales, seno maternal, reputacion, este supremo bien de la vida, á nada de esto perdonó en sí misma. Si ahora se retira léjos de su enemigo, es porque ya terminó el combate vencéndole. Niña bajó al campo de batalla, y de él no se retira hasta dejar aplastado é inmolado al enemigo. Ahora que holló bajo sus piés la serpiente confundida, séale lícito deponer las armas, y

esperar el día del eterno triunfo reclinada en el seno de los misteriosos goces de la pobreza y obediencia.

CAPÍTULO XXIV.

De la gran pobreza en que vivió la amada santa Isabel; y como se redobló su humildad, y también su misericordia para con los hombres.

Manum suam misit ad fortia, et digiti eius apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem.

(Prov. xxxi, 19, 20).

Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.

(Matth. xxv, 40).

Elegi abiectus esse.

(Psalm. lxxxiii, 2).

Sola ya con Dios Isabel ¹, quiso hacer tan real y completa, como le fuera posible, la pobreza voluntaria que habia abrazado, y que en su modo de vivir todo estuviera en armonía con la casita de tablas y tierra

¹ Paupercula Elisabeth sola Deo soli derelicta. (Theod.).

que eligiera para vivienda. Todas las rentas de aquellos bienes, cuya propiedad nominal conservaba por expreso mandato de Conrado, las dedicó sin exceptuar cosa alguna al socorro y alivio de los pobres; y no habiendo podido reducir á su confesor á que le permitiera mendigar el pan de puerta en puerta, quiso á lo menos ganarlo con el trabajo de sus manos. Como no sabia otra labor que hilar, y aun esto habia de ser lana, pues lino no podia, hacia que le mandasen del monasterio de Altenberg la lana en rama, que ella devolvía hilada á las monjas; y éstas le pagaban su trabajo en dinero, no siempre á la verdad con la equidad conveniente, mientras que Isabel por su parte cumplía con exactitud muy escrupulosa. Estando un día hilando una porcion de lana á cuenta del dinero que las monjas le habian adelantado, y no pudiendo concluir la tarea por haberla llamado Conrado para ir con él desde Marbourg á Eisenach, devolvió al convento un poco de lana que le faltaba por hilar y un dinero de Colonia encima, temerosa de que le acusaran de haber ganado mas de lo justo por su trabajo; al cual por otra parte se entregaba con tal ardor, que aun cuando